

Tras beberse el primero, felices de la broma hecha a Felipe, se llevaron el otro y, tambaleándose, se fueron a la rampa a trasegarlo junto a la fresca brisa del mar.

La juma los rindió sobre las bancas y, arrullados por la suave cadencia de las olas, se sumieron en un profundo sueño.

La libertad de Judas

Una insólita afluencia de gente hacia la plaza despertó a Alberto Dávila. Quienes pasaban iban haciendo comentarios a voz en cuello con notorios visajes de sobresalto.

El sol fulgía sobre las olas y ardían en la piel. Su acción térmica se mezclaba a la ebullición etílica que Betín sentía en la sangre. Le dolía la cabeza. Maldito vino de consagrar. Vaya goma mangaja que te gastas, acólito. Qué delicioso sería un baño en la ducha o en el mar. La boca me sabe a no sé qué. Vinagre o bilis. Debo haber vomitado. Aun siento bascas. Dos galones de vino. Cuando el cura lo sepa pondrá el grito en el cielo. ¡Despierta, Hipólito! Tienes que reponérselos. Sigo aún vestido de ángel. Solamente a Malala se le ocurren güevadas de esta índole. Para colmo de males tengo la túnica hecha un asco. Seguramente me la empapé a medida que empinaba el galón ensuciándola a fuerza de enjugar mis manos sucias en la zaraza blanca. Soy un ángel de mierda. Tú, Hipólito, eres un Cristo sodomita. De todo hay en la viña del Señor. Despabílate y recuerda la antifona. Más vale serlo y no parecerlo, que parecerlo y no serlo. No he de llegar al cielo con alas de crepé. Menos ahora, tal como están, lodosas y ajadas. ¿Qué dirá el padre Brito? Debí haberme ocupado de abrir la iglesia. Creo que Hipólito se olvidó del Jesús Resucitado y de esconderlo tras la cortina lila. ¡Arriba, Hipólito! No te hagas el vergajo. **¡Sursum corda!** Tú también te empapaste. Qué sucio estás. Parece que te hubieras caído, con la cruz o sin ella. De igual modo das la idea de un **eccehomo**. No podemos seguir en esta facha. **¡Surge et ámbula!** Sal de tu muerte, Lázaro. Cristo ha resucitado. Si no lo ha hecho, lo hará dentro de poco. Las campanas a vuelo darán la nueva mientras Cairote correrá calle abajo perseguido por la chiquillería. ¡Despercúdete, Hipólito! Tenemos que

trajearnos para asistir a misa. El padre Brito debe estar esperándonos. No vayas a olvidarte de reponerle el vino. Debo tostar más hostias. Cuando niño, me comía los residuos. También Milagro. La muy perra se acostó con Felipe. Hipólito, tengo el presentimiento de que anoche dimos al traste con el vino. No habrá para la misa. Nos lo bebimos todo por consejo de Cristo, pues Él nos dijo aquello de tomad y bebed. Hemoglobina dulce y empalagosa. Bebimos tanto anoche que hemos quedado saturados y con la bendición del Santísimo **per sécula seculorum**. Presiento que hay barullo en la iglesia porque la gente pasa acelerada y haciendo comentarios. Chompipe, claro. Ya corrió la noticia del negro Pipe en cueros, crucificado. Gozo con sólo imaginármelo en pelota con los huevos al aire. ¿Te sientes mal, Hipólito? Vomita. Ten cuidado con la sangre de Cristo. Bebiste demasiado. ¡Habla, pendejo! No te hagas el idiota.

—¿Dónde diablos he dejado la cruz?

—Quedó en el Gólgota o acaso la perdiste, si es que no está en tu casa. Ya de nada te va a servir, Hipólito. Deja esa cruz en paz y no te sigas haciendo el güevastibias. Pela el ojo, porque amaneció. Vete enterando que es Sábado de Gloria. Ya te imaginarás el gran julepe que debe haberse armado en la iglesia. Felipe en pelotillas, ¿te imaginas? La gente debe estar meándose de risa. Lo jodí. Me ha pagado las verdes y las maduras. ¡Apresúrate! ¡Haz un esfuerzo, Hipólito! No podemos seguir de **ángelesomos**. Mi túnica es un asco. También la tuya. Mezcla de vino y lodo. ¿Qué irá a decir Malala? Vieja de mierda.

Seguía pasando gente apresurada con rumbo hacia la iglesia.

De pronto el Mogo Tin llegó a la rampa acezante. Sollozaba impaciente sin poder explicarles lo que ansiaba decirles.

Betín soltó un carajo fastidiado.

—¡No es para tanto, imbécil! ¿Por qué lloras como una Magdalena? No tenías que avisarnos. Sabemos lo de Pipe desde anoche. ¡Suéltlenlo pronto y basta! ¡No nos sigas jodiendo!

Beto Cárcamo, que llegó en ese instante, trató de consolar al tartamudo y apoyándole un brazo sobre el hombro le dijo compasivo:

—Cálmate, Mogo. Vine a buscarte pues los demás compinches de Pipe quieren hablar contigo. Debemos procurar que se sosieguen. Son

capaces de hacer una trastada. Aún siguen sin saber quién fue el chingado que hizo la canallada de amarrar a Felipe.

Al oírlo, Betín quedó confuso.

—¿Qué coño ha sucedido? ¿Por qué carajo lloriquea el Mogo?

Hipólito se levantó turbado y cadavérico. No atinaba a guardar el equilibrio. Se tambaleaba. Farfulló:

—Anoche soñé algo escalofriante.

Beto Cárcamo miró a los dos curiales con marcado desdén.

Le dijo al Mogo:

—Sigue. Vete adelante y diles que me esperen. Avísale al alcalde y a Cairote. Lástima que Ladera siga en el hospital de la ciudad. Tal vez demore sus dos o tres semanas. Gringo Saldaña tendrá que examinarlo y extender el recibo de defunción. Tiene que hacerlo porque él ahora funge de médico forense.

Betín e Hipólito se sentaron de cuajo como si hubieran recibido un mazazo. Sin una idea precisa de lo que en realidad había ocurrido se les heló la sangre en las venas.

Cuando notó que el Mogo, al alejarse, ya no podría escucharlo, Beto Cárcamo se aproximó a los dos **ángelesomos** y en tono de reproche les susurró a sovoz:

—Tú, Betín, y tú, Hipólito, deben tener cuidado. Es indudable que ambos tenían motivos para hacer lo que han hecho. No cabe duda alguna de que son los culpables. Tú, Betín, por venganza; tú, Hipólito, por celos. Sólo ustedes tenían la obligación de ir a la iglesia para el trueque de imágenes. Se jumaron con Pipe y decidieron jugarle una trastada crucificándolo. Ya pueden ir sabiendo que la broma les resultó macabra. Felipe murió anoche succionado por todos los vampiros hematófagos que, como ustedes saben, pululan en la iglesia. El pobre no pudo defenderse. Se lo impidieron las amarras. El cuadro que yo vi esta mañana me causó escalofríos. Multitud de murciélagos revoloteaban profiriendo sus agudos chillidos. Otros se debatían sobre Felipe que, ensangrentado, yacía sobre la cruz cubierto de ellos que le absorbían hasta la sangre del sexo. No se

sabe si murió intoxicado por envenenamiento etílico porque junto a él, regados por el piso del altar, hay múltiples vampiros sin vida y otros agonizando. Les advierto que si no se les pena por homicidio involuntario pueden estar seguros de que los familiares y los compinches de Felipe no han de quedarse quietos. Prepárense porque va a haber venganza. Voy a calmar los ánimos. Es preferible que no se dejen ver por ahora. Procuren ocultarse porque en la iglesia la cosa está que truena.

Beto Cárcamo se alejó a la carrera.

—¡Vamos! ¡Apura, Hipólito! —dijo asustado Alberto Dávila—. No me agradan los líos con la justicia. Tienes que declarar que yo no tuve nada que ver en este asunto. Tú amarraste a Felipe, ¿lo comprendes? Confiésate culpable de su muerte. Diles que ni siquiera estuve en la iglesia. Te dejo el rol de mártir. Si me involucras en este sucio embrollo, te juro que a mi vez yo declaro tu ignominioso acto de sodomía. Una noche en mi casa oí algo turbio. El cura Brito, socado por los tragos, informó que la Curia tuvo que intervenir cuando mi tata quiso que te quedaras trabajando con él. Poco antes de la guerra de Coto, tú estabas en la cárcel porque mataste a un cura. También fue un lío de celos entre maricas. ¡Habla, carajo! ¡Di algo! ¡No te hagas el pendejo! Te advierto que este muerto vas a cargarlo solo. Yo me lavo las manos como Poncio Pilato.

—Felipe ha muerto. —dijo Hipólito. Parecía trastornado, enloquecido, fuera de juicio—. Felipe ha muerto. Todos han muerto, Pausílipo y Durgel. Debo unirme con ellos y con Rosina. No veo razón alguna para seguir viviendo. Felipe ha muerto. No quiero regresar a la cárcel. El ángel de Sodoma reina en ella triunfante. Él es el sumo tentador de los presos. He luchado contra el ángel perverso y él me ha vencido. Ya no podré vivir bajo el oprobio del qué dirán y el escándalo. No viviré acosado por mis remordimientos, vampiros que me desangrarán como a Felipe. Necesito las sogas que nos sirvieron para crucificarlo. De todos modos, tengo una en el taller. Sólo me queda la libertad de Judas. Yo asesiné a Felipe como el cruel Iscariote lo hizo con Cristo.

Trastabillando se lanzó loma arriba como un demente mientras oía a Betín que le gritaba, no lo intentes Hipólito, no lo hagas. Por detrás de la iglesia se escurrió sin ser visto hasta llegar al taller. Oyó aún, cerca, a Betín que le imploraba no lo hagas, por favor. No te mates. No voy a declarar tu ignominia.

Hipólito se encerró en el taller cuya puerta no pudo abrir Betín quien, aterrado, siguió gritando:

—¡Perdóname! ¡No lo hagas!

Desde el baño le llegó amortiguada la voz de Cándida.

—¿Quién está ahí? ¿Qué ocurre?

—Ven a ayudarme. Se va a matar.

—¿Felipe?

—¡Sal enseguida, mierda!

Oyó una seca, violenta sacudida que estremeció toda la casa y de inmediato, a través de las rendijas del taller, vio la imprevista claridad de un incendio.

En ese instante, Cándida salió por fin del baño ya trajeada para asistir a misa.

—Betín, ¿qué es lo que pasa?

—Que Hipólito se ha ahorcado. Para colmo de males me parece que regó kerosín y ha incendiado el taller. ¡Mira las llamas!

Si Hipólito se muere, pensó Cándida, podré darme al amor en cuerpo y alma sin trabas, sin tapujos ni escrúpulos.

—¿Viste a Felipe?

Betín repuso airado:

—Está en la iglesia, pero difícilmente podrá apagar tu fuego. Tú eres la responsable de todo lo que ocurre. Te desconozco. ¡Huye, pendeja, se va a quemar la casa!

Betín salió gritando:

—¡Auxilio! ¡Auxilio!

Viendo a Betín enloquecido vestido de ángel, la gente se apartaba. Desalado, subió a la torre. Acto seguido se oyeron las campanas a somatén

Cándida entró a la iglesia como fuera de juicio preguntando:

¿Quién ha visto a Felipe?

Una isla mágica para un pueblo mesiánico

Por complacer al Ñopo la maestra Salerno transigió con el plan de que el velorio de su ahogado Juancito tuviera efecto en la casona.

Trajeadas de riguroso luto, las mujeres de la isla se turnaban para abrazar a Cándida. Nerviosas, tartamudeaban sosas muletillas de pésame y, entre hipos y sollozos, le asestaban recias palmadas en la espalda. (Tía Lola me aplicará después fomentos de árnica para la irritación). Resígnate, mijita. Sentidas condolencias. Dios te lo dio, Dios te lo quita. Tu angelito se irá derecho al cielo. Persevera en tu fe. No desesperes. Mejor está a la diestra del Altísimo. Dios lo haya perdonado (porque era bien travieso).

Don Plácido Ladera consideraba que estas manidas manifestaciones de duelo sólo mortificaban a la madre recrudeciéndole el dolor y el llanto, como si al visitar a un herido sus amigos le hundieran en la llaga los dedos dudando de su pena con la incredulidad del buen apóstol Tomás.

Las señoras se iban acomodando en la terraza y en diferentes sitios de la casa. Las púdicas maestras jubiladas y las tías solteronas lloraban junto a Cándida en la vasta recámara de la difunta Delfina en cuyo centro en una mesa recubierta de flores, el pequeño ataúd, aún sin la tapa, permitía ver el rostro de Juancito que parecía dormido con los brazos cruzados sobre el pecho.

Por el amplio traspatio se habían ido agrupando los hombres según sus nexos de confraternidad e ideas políticas.

Reunidos en un ángulo próximo a la cocina charlaban Senón Oviedo, Sócrates Galarza, Píndaro Cárcamo, Marco Aurelio Mendíquez y Benigno Pascal. Meses atrás habían tenido que enterrar al amigo Plutarco Amaya.

Tendido en una hamaca dormía plácidamente el Ñopo Juan. De vez en cuando Chon Candela le remecía los hicos para sintonizarle los ronquidos etílicos. En los últimos meses Ladera lo había estado tratando con tártaro para aplacarle el vicio de la bebida pues el gallego sufría de pesadillas y era víctima del **delirium tremens**.

María Palito, enjugándose las lágrimas, no perdía la ocasión de vender sus billetes de lotería. Aprovechando que allí estaba Ling Chen, se le acercó mimosa y, a la chita callando, le susurró si quieres, mañana puedo verte.

El padre Brito, don Plácido Ladera y Papa Chente ya se habían enfrascado en su perenne palique sobre el bien y el mal exaltando de paso la memoria de honorables difuntos y execrando a su vez, sin cortapisas, el mal comportamiento de otros isleños hijos de mala madre.

—A propósito—don Plácido Ladera no perdía la ocasión de darle datos e informar a Fin Lay quien, por haber estado ausente del país diez años se sentía como en Babia con relación a ciertos hechos—. Marino anda vendiendo seguros. El nuevo cómputo que se hizo de los votos, como se sabe, no lo favoreció. Tan evidente resultó la chicana que por poco lo meten en la cárcel. Ahora lo llaman **Presidente weekend** teniendo en cuenta que su Magistratura sólo duró un fin de semana.

Muchachas serviciales y las nuevas maestras distribufan ron, seco, cigarrillos, galletas, café y refrescos.

Se bebía a tutiplén y en algunos rincones se echaban chistes que hacían reír a carcajadas.

Serafín ambulaba de uno en otro corrillo con su maldita grabadora en ristre. Simulando que recogía noticias para **El Diario**, primero había charlado con Beto Cárcamo y Chago Manuel Ladera. Después creyó prudente retirarse cuando se aproximaron Calandraca, Lócoro, Catarnica y Barrejobo.

En el grupo formado por los inseparables compinches de Chompipe se hablaba del difunto. Quien lo extrañaba más, sin duda alguna, era el Mogo Tin.

Las conjeturas de la trágica muerte de Felipe las explicó Ladera al regresar a la isla la noche en que velaron a Faustina. Al ocurrir el pavoroso incendio soplaban un norte endemoniado. Por eso resultaron inútiles los mil esfuerzos que hizo la gente con miras a sofocar el fuego. La mansión de

los Lípero, carcomida y reseca, fue fácil presa de las llamas. Cris Olaya lamentó, sobre todo, la pérdida de su imponente ataúd. La pobre se quedó con las ganas de estrenarlo.

—El hecho insólito de no haber encontrado rastro alguno de los restos de Hipólito ni la menor señal de su cenizas dio pábulo al invento de un misterio hagiográfico —dijo Fin Lay.

—Malala y otras beatas —argumentó Ladera— siguen empecinadas en suponer que Hipólito era un ángel bajado expresamente del cielo para salvar a la isla del pecado. No son tan complacientes o humanas con respecto a Felipe. Dicen que los demonios se bebieron su sangre. Según ellas, no cabe duda alguna de que Pipe borbolla en las calderas de Pedro Botero.

—Tergiversando los valores, nadie establece la verdad —dijo Fin Lay.

—Lo que a mí me interesa es enterarme de lo auténticamente verosímil —aclaró Seraffín.

—Yo había ido a la ciudad en esos días —dijo Ladera—. Debido a ciertas deficiencias orgánicas me vi obligado a hospitalizarme.

Cuando volví a la isla, tras dos o tres semanas me puse a investigar las contingencias del enigmático suceso. Aquel famoso Sábado de Gloria, tal vez por causa de la consternación que lo embargaba, Betín no se sintió con buen ánimo para barrer la iglesia cuyas puertas, sin miramiento alguno, cerró apenas los deudos y amigos se llevaron el cuerpo de Felipe para darle cristiana sepultura. Al día siguiente nadie halló sobre el piso del altar vampiros muertos, lo cual me hizo pensar que no lo estaban. La sangre de Felipe, fuertemente dosificada de sustancias hipnóticas, los había aletargado. Debido a ello no lograron succionarlo del todo. Esto hizo que no quedara exangüe. Felipe no murió a consecuencia del somnífero ni por falta de sangre. Sólo estaba en estado cataléptico. Yo aún sigo convencido de que al pobre Chompipe lo sepultaron vivo. No quisieron creerme. Sus familiares y alguien que yo conozco jamás me han permitido abrir la tumba. Con el tiempo me darán la razón. Nadie recuerda casi a Gancho Hermoso pero Chompipe, aun muerto, le heredó el apellido, sobrenombre o apodo, pues ahora resulta que la estatua de Felipe el Hermoso no es ni la de Pizarro ni la del rey de España. Es la de Pipe. Claro, después de todo, es preferible que el monumento sea para alguien de la isla. Juan Felipe Durgel, sin duda alguna, va tornándose un mito. Recuerden que Faustina, poco antes de

morirse, donó al Conejo el atuendo o disfraz que él endosó al fotografiarse en la idéntica pose del Monarca. Aún se conserva en una caja de vidrio, bastante carcomido por las polillas.

En busca de algo con que encender su pipa y saborear otra taza de café, Fin Lay fue a la cocina y, al escuchar allí los mismos ruidos que había sentido en el traspatio bajo una hoja de zinc, quiso que Chon Candela le explicara su causa.

—Son los cangrejos —repuso ella.

Todos sabían la clave de tan extraña barahúnda. Como las lluvias se habían adelantado, los cangrejos también anticiparon su peregrinación hacia la playa pues las hembras necesitaban lavar o depositar sus huevos en el mar. Era preciso cazarlos monte arriba antes de que los huevos salieran de la caparazón. Muchachas y muchachos brujuleaban de noche con linternas y al agarrar a los crustáceos sabían hacerlo evitando ser presa de sus pinzas. Jamás hubo en el pueblo tantos cangrejos. La gente se sentía satisfecha. No había casa donde no se comiera diariamente una gran olla de guacho sabrosísimo.

El Ñopo Juan, cuyo inconsciente en duermevela tal vez sufrió una pesadilla, se despertó aterrado, vociferando y sacudiéndose:

—¡Me muerden! ¡Me devoran!

Tranquilizado por Ladera, contó que una balumba de cangrejos invadía el pueblo. Se habían colado hasta en la iglesia donde las beatas imploraban el auxilio del Cielo zurciendo rogativas. Para colmo de males, la estatua de Felipe se echó a andar calle abajo seguida por cangrejos furiosos que llevaban pancartas en las que se leía consignas contra los gringos.

A lo lejos se escuchó en ese instante la etílica trompeta de Saldaña que malinterpretaba **yes we have no bananas** tal vez en póstumo homenaje a Cairote.

Comentando con Serafín del Carmen la coincidencia, Fin Lay le dijo:

—Ya la segunda guerra mundial ha concluido y aún seguimos luchando contra el colonialismo. Los gringos simulon dejar las bases y aún siguen emperrados en jodernos. Contra la idea existente de que somos un pueblo predestinado, no queda más remedio que luchar aunque para ello sea necesario la violencia.

Ebrio del todo y obcecado por la idea de su libro, Serafín simuló hacer caso omiso de lo que dijo el otro y, ante el asombro de quienes lo escuchaban sin entenderlo, respunteeó su amañada argumentación:

—Torturado por su constante duda de ser o de no ser, el hombre inventa su propia circunstancia. La vacuidad y el pánico a la nada lo obligan a convencerse a sí mismo de que la muerte sólo puede eludirse mediante auténticas actitudes creadoras. Así surgió en su mente la idea de Dios y deseando imitar tal entelequia, recurrió a sucedáneos. Es ésa la razón por la cual el escritor de ficciones ha decidido pasarse al bando de los brujos. Por eso ha vuelto al fáustico truco del milagro. Para la magia de su alquimia le bastan ingredientes que extrae de sus recuerdos o tal vez de sus glándulas. Lo indispensable es que consiga mezclarlos en una licuadora de sueños.

Quienes lo oían sin comprenderlo se miraron perplejos entre sí.

Fin Lay bromeó al decirle:

—En ese caso tu obra será una pesadilla. Cada uno de los seres que la lea y la comprenda se hará acreedor al título de **egregio doctor oniris causa**.

—Todos sabemos que Serafín del Carmen sólo es un fanfarrón —dijo violentamente Calandraca—. Jamás escribirá esa novela sobre la isla. Siempre habla pendejadas que nadie entiende.

Sin preocuparse por lo que le insinuaban o acaso sin captarlo, Serafín prosiguió hilando su alambicado laberinto:

—Según mi pánica cosmovisión erótica, la tragedia del Gólgota se ha conservado en la isla no en su prístina pureza mística sino como una mágica amalgama de Cristianismo y Paganismo. Para la Iglesia el Amor o es sagrado o es profano, pero aquí se entretrejen ambos amores en una báquica rapsodia más apta a un aquelarre de brujas que a una evangélica pasión sacramental, y, desde luego, la isla, por ser maravillosa, casi parece irreal. Por eso mismo necesito recrearla para que pueda parecer verosímil. Surgirá de improviso y, tras cumplir su objetivo, se volverá a sumir en la infinita vastedad de las aguas.

—Una isla mágica para un pueblo mesiánico —dijo Fin Lay.

Betín trataba de silenciar las voces de Milagro, que en un sitio apartado regañaba a El Manchao.

—Chuchú, tú no has debido descuidar a Juancito. Bien sabías que ese niño era un demonio. Demasiado precoz para sus años. Criado por Comepán qué duda cabe que resultara malo y perverso.

Rosa de Jericó, que la escuchaba, se echó a llorar desconsoladamente pues se sintió también culpable. Juancito me tenía fastidiada mostrándome el bimbín y manoseándome. Por eso fui a ensayar con las maestras. Despechado, se fue para la playa.

Adoptada por Cándida e Hipólito, su nombre desde entonces fue Rosina Salerno. Para halagar a Cándida, Josefita del Vasto había afirmado que la chica se perfilaba como una artista de la danza y el canto, pero ahora Rosina se sentía desamparada.

—Ya debe estar saliendo de la iglesia la procesión del Viernes Santo —dijo don Plácido— Quisieron suspenderla en señal de duelo, pero la pobre Cándida se opuso austeramente.

A intervalos se oían los gritos de ella en contrapunto con los fuertes trallazos del oleaje sobre el pretil.

Don Plácido Ladera recordó de repente a su hijo Néstor luchando entre las olas con los escualos.

—El mar es como el tiempo —dijo para sí mismo—. Su eterna recurrencia tal vez anide un símbolo del devenir eterno.

Y, al escuchar de nuevo su bramido, pensó en el toro de las antiguas teogonías.

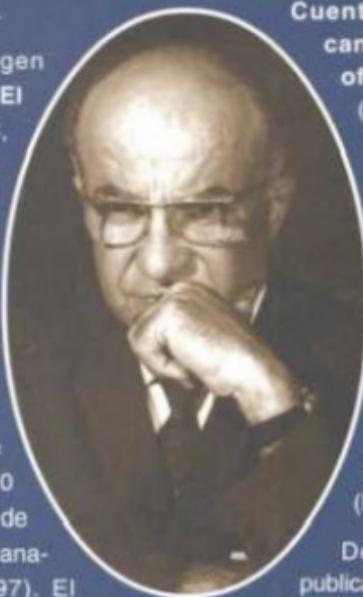
Impreso por:
Editora Sibauste, S.A.
500 ejemplares
abril, 2002

Rogelio Sinán (Taboga, 1902 - Ciudad de Panamá, 1994) es sin duda el más emblemático de los escritores panameños. Obtuvo en Panamá el Premio Ricardo Miró en tres ocasiones: 1943, con **Plenilunio** (novela); 1949, con **Semana Santa en la niebla** (poesía) y 1977, con **La isla mágica** (novela). Profesor y funcionario público, periodista y diplomático, promotor cultural y director de teatro, fue miembro de la Academia Panameña de la Lengua.

Los libros recogen estudios sobre su obra: **El mago de la isla** (INAC, Panamá, 1992) y **Rogelio Sinán. An Approximation** (Anil Dhingra, editor; Centre of Spanish Studies, Jawaharlal Nehru University, Nueva Delhi, India); así como las revistas: **Maga**, No. 5-6 (Panamá: enero-junio de 1985), **Lotería**, No.370 (Panamá: enero-febrero de 1988) y **Maga**, No.30 (Panamá: enero-abril de 1997). El **Premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán** (que convoca anualmente la Universidad Tecnológica de Panamá), la **Condecoración Rogelio Sinán** y el **Día de la Escritora y el Escritor Panameños**, constituyen importantes homenajes a su memoria.

Obra poética: **Onda** (Roma, 1929); **Incendio** (Panamá, 1944); **Semana Santa en la niebla** (Panamá, 1949); **Saloma sin salomar** (Panamá, 1969);

Poesía completa de Rogelio Sinán (Panamá, 2000). Libros de cuentos: **A la orilla de las estatuas maduras** (Panamá, 1946); **Todo un conflicto de sangre** (Panamá, 1946); **Dos aventuras en el lejano oriente** (Panamá, 1947); **La boina roja y otros cuentos** (Panamá, 1954); **Los pájaros del sueño** (Panamá, 1957); **Cuna común** (Panamá, 1963); **Cuentos de Rogelio Sinán** (San José de Costa Rica, 1971); **Homenaje a Rogelio Sinán. Poesía y Cuento** (México, 1982); **El candelabro de los malos ofidios y otros cuentos** (Panamá, 1982). Novela: **Plenilunio** (Panamá, 1947); **La isla mágica** (Panamá, 1979). Teatro infantil: **La cucarachita Mandinga** (Panamá, 1937); **Chiquilinga** (Panamá, 1961); **Lobo go home** (Panamá, 1976). Ensayo: **Los valores humanos en la lírica de Maples Arce** (México, 1959).



Después de 17 años de publicada, esta tercera edición de **La isla mágica**, obra cumbre de Sinán, constituye un reto para las nuevas generaciones de lectores del mundo hispánico. Novela barroca y costumbrista, profana e hiperbólica, caricaturesca y dramática, los variados recursos narrativos que con mano maestra la construyen, propician la paulatina aparición de espacios de artificio en que cobran realidad de mar y playa e interactúan pintorescos personajes. Una obra maestra de las letras panameñas.